

Keith Gessen

Un país terrible

Traducción del inglés de Amelia Pérez de Villar



Galaxia Gutenberg

KEITH GESSEN

Un país terrible

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *A Terrible Country*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: marzo de 2020

© Keith Gessen, 2018
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 735-2020
ISBN: 978-84-17971-52-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Rosalia Moiseyevna Solodovnik, 1920-2015

PRIMERA PARTE

1

Me traslado a Moscú

A finales del verano de 2008 me trasladé a Moscú para cuidar de mi abuela. Estaba a punto de cumplir noventa años y llevaba sin verla casi diez. Su única familia éramos mi hermano Dima y yo: su única hija, nuestra madre, había muerto hacía diez años. Baba Seva vivía sola en su viejo apartamento de Moscú: cuando llamé para decirle que iba me pareció que se alegraba mucho, pero que estaba algo confundida.

Mis padres, mi hermano y yo salimos de la Unión Soviética en 1981. Yo tenía seis años y Dima dieciséis, y ahí estaba la diferencia: yo me convertí en americano, pero Dima siguió siendo ruso. Cuando la Unión Soviética se vino abajo él regresó a Moscú a hacer fortuna. A partir de ese momento había hecho y deshecho varias fortunas, y yo no estaba muy seguro de en qué punto estaban entonces las cosas. Hasta que un buen día se puso en contacto conmigo por el Google Chat y me preguntó si podía ir a Moscú para cuidar de Baba Seva mientras él estaba en Londres: se marchaba allí para quedarse un tiempo que no especificó.

–¿Por qué tienes que ir a Londres?

–Ya te lo contaré cuando nos veamos.

–¿Quieres que lo deje todo y me vaya al otro lado del planeta sin que me digas por qué?

Aquel tono petulante me salía cada vez que hablaba con mi hermano mayor. Me fastidiaba, pero no podía evitarlo.

–Si no quieres venir, dilo claramente –dijo Dima–. Pero no voy a hablar de esto por un chat.

–Bueno –dije–. Ya sabes que hay una forma de hablar sin dejar rastro. Nadie lo verá.

–No seas imbécil.

Lo que quería decir era que estaba implicado en un asunto con *gente muy importante* y no sería tan fácil evitar que leyeran sus mensajes. Puede que fuera cierto, puede que no. Con Dima la línea que separaba estos dos conceptos siempre se movía un poco.

En cuanto a mí, no es que fuera imbécil, pero tampoco puede decirse que no lo fuera. Había pasado cuatro largos años en la universidad y luego ocho, mucho más largos aún, en una escuela de posgrado estudiando historia y literatura rusa, bebiendo cerveza y ganando el torneo de hockey de estudiantes de posgrado (¡en cinco ocasiones!). Luego había tenido que salir al mercado laboral: lo intenté durante tres años seguidos, con resultados nulos. Cuando Dima me escribió ya había consumido todas las becas a las que podía optar con mi nivel de estudios y me había inscrito como profesor en una iniciativa de la universidad para dar cursos *online* que denominaron PMOOC, siglas de *Paid Massive Online Open Course:* «curso *online* abierto y de pago». Aunque esto último se refería más a los estudiantes, que tenían que pagar por hacer esos cursos, que a los profesores, a los que pagaban muy poco. No había duda de que aquello no daba para seguir viviendo en Nueva York, ni siquiera en condiciones de austeridad. Dicho brevemente y para responder al comentario de si yo era imbécil, había pruebas por ambos lados.

Que Dima me escribiera en aquel momento fue, por una parte, providencial. Por la otra, Dima tenía la facultad de hacer que la gente se enredara en asuntos que no eran lo mejor para sus intereses: en una ocasión había convencido a Tom (su último mejor amigo), de que se fuera a vivir a Moscú y abriera una panadería. Por desgracia Tom abrió la panadería demasiado cerca de otra, y pudo decir que tuvo suerte de salir de Moscú sólo con un hombro dislocado. De todos modos, logré conservar la calma y le pregunté si podría alojarme en su piso. En 1999, tras la crisis económica rusa, Dima compró el piso que había frente al de mi abuela, en el mismo rellano: así podría ayudarla fácilmente si lo necesitaba.

–Lo tengo alquilado –me respondió–. Pero puedes quedarte en nuestra habitación de casa de Abuela. Está todo muy limpio.

–Tengo treinta y tres años –dije, aunque quería decir que era demasiado mayor para vivir con mi abuela.

–Si quieres alquilarte algo, tú mismo. Pero tendría que ser cerca de Abuela.

Nuestra abuela vivía en el centro de Moscú. Los alquileres allí eran casi tan caros como en Manhattan. Con mi sueldo del PMOOC podría alquilar, más o menos, un sillón.

–¿Puedo usar tu coche?

–Lo he vendido.

–Joder, tío. ¿Para cuánto tiempo te vas?

–No lo sé –dijo Dima–. Y ya me he ido.

–Ah –respondí.

Así que ya estaba en Londres. Tenía que haberse ido a toda prisa. Y yo, la verdad, también estaba desesperado por salir de Nueva York. El último de mis compañeros de departamento se había marchado, hacía poco, a trabajar a California y la que había sido mi novia los últimos seis meses había roto conmigo en un Starbucks. «Es que no veo adónde nos lleva esto», dijo. Supuse que se refería a nuestra relación, pero podía hacerse extensivo a toda mi vida. Tenía razón: hasta lo que más me había gustado hacer en otros tiempos –enseñar historia y literatura rusa y leer y escribir sobre ello– había dejado de gustarme. Me encaminaba hacia un futuro en el que tendría que corregir sin ganas unos ensayos escritos sin ganas de oír a estudiantes que lo eran sin ganas, y así hasta el infinito.

Moscú, sin embargo, era un sitio especial para mí: era la ciudad en la que habían crecido mis padres, donde se conocieron. Era la ciudad donde nací. Y era una ciudad grande, fea y peligrosa, pero también era la cuna de la civilización rusa. Incluso cuando Pedro el Grande la abandonó para trasladarse a San Petersburgo en 1713, o cuando Napoleón la saqueó en 1812, Moscú siguió siendo la capital de los rusos, como dijo Aleksandr Herzen: «La gente reconocía los lazos de sangre que les unían a Moscú por el dolor que les provocaba perderla». Sí. Y yo hacía años que no iba. Durante varios años de escuela de

posgrado fui a pasar allí las vacaciones de verano y me cansé de la pobreza y la desesperanza que emanaban de ella. De los borrachos agresivos del metro; de los matones que iban por ahí en chándal y con cazadora de cuero sosteniendo la mirada a todo el mundo; del tipo que comía lo que sacaba de los contenedores de basura del patio de mi abuela noche tras noche durante todo el verano de 2000: paraba de cuando en cuando y gritaba «¡Cabrones! ¡Chupasangres!» y luego volvía a comer. Desde entonces yo no había vuelto.

Tenía las manos fuera del teclado: esperaba que Dima hiciera alguna concesión, aunque sólo fuera por dejar mi orgullo intacto.

–¿Hay por allí algún sitio donde pueda jugar al hockey? –pregunté.

Mi pericia en el hockey mejoraba al mismo ritmo que decaía mi carrera académica. Incluso durante el verano iba a la pista de hielo tres veces por semana.

–¿Estás de coña? –dijo Dima–. Moscú es la meca del hockey. No paran de construir pistas por todas partes. En cuanto llegues aquí te meto en algún club.

Eso me bastaba.

–Ah: la señal de internet de mi casa llega hasta el otro lado del rellano –añadió–, así que tendrás wifi gratis.

–OK –escribí.

–¿OK?

–Sí –dije–. Perfecto.

Unos días después fui al consulado de Rusia, en el Upper East Side, estuve una hora en la cola para presentar la solicitud y me dieron visado para un año. Luego empaqueté todo lo que tenía en Nueva York: subarrendé mi habitación a un batería de rock de Minnesota, devolví los libros de la biblioteca y cogí los chismes de hockey de una taquilla que había en la pista. Fue un jaleo tremendo y no resultó barato, pero pasé todo el tiempo imaginando una vida diferente, la que estaría llevando en breve, y pensando en la persona, también diferente, en la que me convertiría. Me veía comprando la comida para mi abuela, llevándola de paseo por la ciudad, al cine (a ella siempre le ha-

bía encantado ir al cine), caminando con ella del brazo por el viejo vecindario y escuchando sus relatos de la vida en tiempos del socialismo. Había tantas cosas que yo no sabía de su vida, y que nunca le había preguntado... Nunca había sentido curiosidad: era ajeno a todo aquello y había creído más en los libros que en las personas. Me imaginé protestando contra el régimen de Putin por la mañana, jugando al hockey por la tarde y haciendo compañía a mi abuela después de la cena. Quizá encontrase un modo de aprovechar la biografía de mi abuela como base para escribir un artículo. Me imaginé sentado en mi habitación como si fuera la celda de un monasterio, con las historias de mi abuela al alcance de la mano para añadir una nueva dimensión a mi trabajo. Quizá pudiera poner sus testimonios en cursiva y repartirlos por todo el artículo, como habían hecho en *In Our Time*.

La última noche que pasé en Nueva York mis compañeros de piso me organizaron una fiesta.

–¡Por Moscú! –exclamaron levantando las latas de cerveza.

–¡Por Moscú! –repliqué yo.

–¡Por que no te maten! –añadió uno.

–No me van a matar –aseguré.

Estaba emocionado. Y borracho. Se me ocurrió que había cierto glamur en marcharse una temporada a una Rusia cada vez más violenta y dictatorial, cuyas fuerzas armadas acababan de aplastar a la pequeña república de Georgia en una humillante derrota. A las tres de la mañana envié un mensaje de texto a Sarah: «Me marcho mañana», escribí, como si me fuese a un lugar muy peligroso. Sarah no respondió. Me desperté tres horas después, todavía borracho, metí lo que quedaba de mis pertenencias en una enorme maleta roja, cogí el stick de hockey y me fui a JFK. Me metí en el avión y me quedé dormido enseguida.

Lo siguiente que recuerdo es el lúgubre sótano del Aeropuerto Internacional de Sheremétevo-2, donde me encontraba haciendo cola para el control de pasaporte. Aquello no cambiaba nunca. Cada vez que iba era lo mismo: te hacían bajar a aquel sótano y esperar en la cola antes de recoger los

equipajes. Era como un purgatorio donde uno esperaba con la sospecha de que le podrían mandar a cualquier sitio que no fuera el cielo.

Pero los rusos sí tenían un aspecto distinto al que yo recordaba: iban bien vestidos, llevaban el pelo bien cortado y hablaban por teléfonos móviles nuevos y elegantes. Hasta los guardias, con sus uniformes azul claro de manga corta, parecían animados. Y aunque la cola era larga había unos cuantos agrupados a un lado, riéndose. El crudo estaba a 114 dólares el barril, y acababan de machacar a los georgianos... ¿se estarían riendo de eso?

La teoría de la modernización decía que la riqueza y la tecnología son más poderosas que la cultura. Dadle a la gente coches bonitos, televisiones en color y la posibilidad de viajar por Europa, y dejarán de ser tan agresivos. Dos países que tengan franquicias de McDonald's nunca entrarán en guerra el uno con el otro. La gente con teléfono móvil es más amable que la gente que no lo tiene.

No estaba yo tan seguro. Los georgianos tenían McDonald's, y los rusos los habían bombardeado de todos modos. A medida que me acercaba a la cabina de control de pasaportes un europeo muy bien vestido, holandés o alemán, alto y con gafas, me preguntó en inglés si me importaba que pasara antes: tenía que coger un vuelo de conexión. Le indiqué con la cabeza que pasase –de todos modos teníamos que esperar a retirar los equipajes–, pero el hombre que tenía detrás, que era más o menos de la misma altura que el holandés pero mucho más robusto, ataviado con un traje un poco mazacote pero no barato, por lo que me pareció, le espetó en un inglés con acento ruso:

–Póngase al final de la cola.

–Voy a perder mi vuelo –dijo el holandés.

–Póngase al final de la cola.

Entonces le dije yo en ruso:

–¿Y qué cambia?

–Cambia mucho –respondió.

–Por favor –rogó el holandés de nuevo, en inglés.

–Le he dicho que al final. Ya.

El ruso se giró ligeramente para dejar clara su postura, colocándose frente al holandés. Este último dio una patada a su bolsa con gesto de desesperación. Luego la cogió y se fue al final de la cola.

–Ese tipo ha tomado la decisión correcta –dijo el ruso dirigiéndose a mí, en ruso, haciendo ver que era hombre de principios y estaba dispuesto a machacar al holandés por saltarse la cola.

Yo no respondí. Unos minutos después llegué a la cabina de control de pasaportes. Allí sentado como un dios, bañado por la luz, había un guardia joven, rubio y serio con uniforme azul. Yo recordé de pronto que allí no tenía derechos, que en Rusia no existe tal cosa. Al entregarle el pasaporte me pregunté si no había desafiado en exceso a la suerte regresando tantas veces al país del que mis padres habían huido. ¿Sería esa la ocasión? ¿Me dejarían bajo custodia policial por todas las cosas desagradables que había pensado de Rusia a lo largo de los años?

Pero el guardia se limitó a coger con ligero desagrado mi pasaporte americano, azul, muy desgastado. Era el pasaporte de una persona que vivía en un país donde uno no tenía que llevar el pasaporte a cualquier parte, donde uno podía no saber dónde lo tenía guardado durante meses, o años. Si aquel guardia hubiera tenido un pasaporte como el mío lo hubiera cogido con más cuidado. Contrastó mi nombre con el de la base de datos de terroristas y me indicó la puerta, con ademán apresurado, para que cruzase al otro lado.

Y eso fue todo. Ya estaba de nuevo en Rusia.

Mi abuela Seva vivía en pleno centro, en un apartamento que le había concedido Iósif Stalin a finales de los cuarenta. Mi hermano Dima sacaba a veces el tema cuando quería pontificar y mi abuela, cuando le entraba la vena autocrítica. Lo llamaba «mi apartamento de Stalin», como si quisiera recordar a todo el mundo, también a sí misma, el compromiso moral que había contraído. Aun así, en general, en nuestra familia se entendía que si te ofrecían un apartamento cuando estabas viviendo en

una habitación con corrientes de aire, en un piso comunal, con tu hija pequeña, tus dos hermanos y tu madre, el apartamento se aceptaba sin que importara quién lo daba. No es que Stalin hubiera ido personalmente a darle las llaves o hubiera pedido algo a cambio. Mi abuela, una joven profesora de historia en la Universidad Estatal de Moscú, había sido asesora de un documental sobre Iván el Grande, abuelo de Iván el Terrible que en el siglo XV había unificado las tierras de Rus. A Stalin le gustó tanto que dijo que todo el que hubiera participado en el proyecto recibiría un apartamento. Así que además de «mi apartamento de Stalin» mi abuela lo llamaba también, a veces, «mi apartamento de Iván el Grande» o, si necesitaba ser más directa, «mi apartamento de Yolka». Lo decía por su hija, mi madre, por la que habría hecho cualquier cosa.

Para llegar hasta ese apartamento tuve que cambiar algunos dólares en un puesto que había junto a la recogida de equipajes –unos veinticuatro rublos el dólar, en aquel momento– y coger el expreso, recién estrenado, hasta la estación de tren de Savelovski. Atravesé muchos kilómetros de bloques de viviendas de la era soviética que se estaban cayendo a pedazos y el viejo cinturón industrial de fin de siglo (que también se estaba cayendo a pedazos) que rodea el centro. Durante el trayecto el tipo que iba sentado a mi lado, un tiarrón más o menos de mi edad, vestido con vaqueros y una camisa de manga corta, empezó a hablarme.

–¿Qué modelo es? –preguntó, refiriéndose a mi teléfono móvil.

Yo había comprado una tarjeta SIM en el aeropuerto y la estaba instalando en el teléfono para ver si funcionaba.

Allá vamos, pensé. Mi teléfono era uno corriente, con tapa, pero me imaginé que aquello era el preludio de un plan de aquel tipo para robarme. Me puse tenso. Mi stick de hockey iba en el portaequipajes, encima de nuestras cabezas, y de todos modos habría sido complicado pegarle con él en un tren.

–Es un teléfono corriente –dije–. Un Samsung.

Yo había crecido hablando ruso, aún lo hablaba con mi padre y con mi hermano, pero tenía un ligero acento difícil de

ubicar. A veces cometía pequeños errores gramaticales o acentuaba la sílaba que no era. Y me sentía oxidado.

El tipo se dio cuenta, así como también de que mi piel olivácea me apartaba mucho de la mayoría de los eslavos que iban en aquel tren tan moderno.

–¿De dónde eres? –preguntó.

Utilizó la forma *ty*, familiar, en lugar de *vy*, lo que podía significar que quería ser agradable porque éramos de la misma edad e íbamos en el mismo tren, o bien dejar claro que tenía derecho a dirigirse a mí como le diera la gana, no sabría decirlo. Intentó averiguar de dónde era yo.

–¿Español? –preguntó–. ¿O turco?

¿Qué le respondía a eso? Decir «De Nueva York» sería igual que afirmar que tenía dinero aunque llevara puestos unos vaqueros viejos y unas playeras que habían visto tiempos mejores y aunque, en realidad, no tuviera un céntimo. A uno de Nueva York le podían robar dentro del tren o al salir de él, en medio de la confusión del andén. Pero si decía «De aquí», de Moscú, que técnicamente era la verdad pero al mismo tiempo era una mentira obvia, podría precipitar el desenlace. A fin de cuentas iba en un tren que salía del aeropuerto.

–De Nueva York –dije.

El tipo asintió con expresión solemne.

–¿Tienen ya allí el iPhone nuevo?

–Claro –respondí: no sabía muy bien adónde quería llegar.

–¿Cuánto cuesta?

Ah. Los productos occidentales siempre eran, en Moscú, mucho más caros que en Occidente, y los rusos siempre querían saber cómo de caros para poder amargarse la vida con razón.

Intenté recordarlo. Sarah tenía un iPhone.

–Doscientos dólares –dije.

El tipo abrió unos ojos como platos. ¡Ya lo sabía él! Era una tercera parte de lo que costaba en Rusia.

–Pero tienes que firmar un contrato –me apresuré a aclarar–. Son como cien euros al mes durante dos años. Así que no sale tan barato.

–¿Un contrato?

Aquel tipo no había oído nunca hablar de eso. ¿Estaba seguro? En Rusia uno se compraba una tarjeta SIM y pagaba por minutos.

–Sí, en Estados Unidos necesitas un contrato.

El tipo parecía enfadado. Estaba empezando a preguntarse si no me lo había inventado.

–Tiene que haber otra manera –dijo.

–No creo.

–No puede ser –insistió–. Tiene que haber una forma de conseguir el teléfono y saltarse el contrato.

–No lo sé –respondí–. Son muy estrictos con estos temas.

El tipo se encogió de hombros, sacó un periódico –el *Kommersant*, uno de los diarios financieros– y no me volvió a dirigir la palabra en el resto del viaje. Con una persona que no es capaz de averiguar cómo puede uno tener un iPhone saltándose el trámite del contrato no valía la pena establecer relación. Cuando llegué a la estación no había ninguna banda de ladrones esperándome y, desde allí, sin más incidentes, tomé el metro hasta el bulevar Tsvetnoi, a un par de paradas.

El centro de Moscú era otro mundo: habían desaparecido los bloques de pisos medio derruidos de la periferia, con muchas plantas de altura, y también las viejas fábricas medio derruidas. En lugar de eso, al salir de la prolongada escalera y tras franquear unas puertas de madera enormes y pesadas, me encontré en una calle ancha que imitaba el estilo de los tiempos de Stalin: imponentes edificios de apartamentos, restaurantes y obras por todas partes. El bulevar Tsvetnoi está justo al borde del enorme Anillo de los Jardines, una arteria de diez carriles que rodea el centro, con un radio de unos dos kilómetros desde el Kremlin. Pero tan pronto como empecé a caminar por Sretenka, la calle donde vivía mi abuela, vi que en las calles laterales, tranquilas y deterioradas, muchos de los edificios del siglo XIX, de dos o tres plantas, que se alzaban en ellas, estaban sin pintar y medio vacíos, porque era agosto. En un solar abandonado del callejón de Pechatnikov tomaban el sol unos cuantos perros callejeros: nos ladraron a mí y a mi stick de hockey. Y en unos minutos llegué a casa.

El apartamento de mi abuela estaba en la segunda planta de un edificio blanco de cinco alturas, en un patio de manzana formado por dos edificios más antiguos, también más bajos, de los que uno daba al callejón de Pechatnikov y el otro al bulevar Rozhdéstvenski. El cuarto lado lo formaba una pared de ladrillo rojo, detrás de la cual había una vieja iglesia. Cuando yo era un crío el patio estaba lleno de árboles y escombros con los que podía jugar; incluso, durante el invierno, había una pequeña pista de hockey. Pero tras la caída de la URSS los vecinos cortaron los árboles y desmantelaron la pista para aparcar allí sus coches. Aquel patio también fue durante un tiempo destino habitual de las prostitutas locales; los clientes entraban allí con el coche, apuntaban a la mercancía con la luz de los faros y hacían su selección sin salir siquiera.

Entré en el viejo patio. Las prostitutas se habían marchado hacía mucho tiempo y, aunque aquello seguía siendo básicamente un aparcamiento, los coches que había en él eran mucho más bonitos. También había algunos árboles más que la última vez que vine. Marqué el código en la puerta principal –no lo habían cambiado en una década– y subí la escalera con mi maleta. Mi abuela salió a la puerta. Era menuda –siempre había sido pequeñita, pero ahora lo era aún más– y tenía el pelo gris menos espeso. Durante un momento temí que no me estuviera esperando. Pero dijo: «Andriushik, estás aquí». Parecía que mi presencia le provocaba sentimientos contradictorios.

Entré en la casa.